



La carta del GETEM

Número 3. Julio de 2019

Globalización y desigualdad: ¿recuperando el control?

David Matesanz Gómez. Universidad de Oviedo

La actual etapa de globalización económica está caracterizada por la emergencia de dos fenómenos de gran relevancia. El primero, la movilidad del capital financiero, no es nuevo en absoluto. Lo nuevo de este fenómeno no es tanto su magnitud, contabilizada sobre el PIB mundial por ejemplo, si no la intensa velocidad con la que se mueve a través de las fronteras y la enorme complejidad de muchos de los instrumentos financieros que circulan por los mercados. El segundo fenómeno es, por el contrario, totalmente nuevo: la internacionalización del proceso productivo que ha creado un esquema de producción en red en lo que se ha dado en llamar Cadenas Globales de Valor (CGV). Este fenómeno ha producido, a su vez, que el comercio mundial ha tendido a producirse con más intensidad en bienes intermedios que previamente, cuando la mayor parte de las exportaciones eran bienes terminados, finales. Como parece evidente, detrás de estos dos fenómenos se encuentra el cambio tecnológico asociado al menor coste y a la facilidad de la comunicación y el transporte en la era de información y a las políticas llevadas a cabo por países e instituciones internacionales relacionada con la apertura de la economía y, en algunos ámbitos, una importante desregulación.

La relevancia del fenómeno de las CGV es difícil de soslayar, el Banco Mundial señaló que entre 1995 y 2008 las actividades relacionadas con la fragmentación productiva a través de las fronteras dentro de las CGV se habían configurado como la fuerza más importante para acelerar el proceso de globalización y aumentar el comercio mundial y el PIB global. Así, en esta nueva globalización el comercio, el funcionamiento de la economía productiva en red y la economía mundial están íntimamente ligados.

Acompañando a este proceso de nueva globalización se está produciendo, como bien sabemos por el intenso trabajo académico en el tema y su correlato en el debate político tanto internacional como nacional, un deterioro relevante de la distribución del ingreso, especialmente dentro de las economías nacionales. Este deterioro no entraba en las predicciones de la economía convencional. Al margen de esta realidad es conveniente señalar que las predicciones relacionadas con el avance de la globalización y el aumento de los PIB per cápita en la mayor parte de los países sí se han cumplido.

En todo caso, uno pensaría, con razón, que desigualdad y la “nueva globalización”, entendida como los dos fenómenos que señalábamos anteriormente, están relacionadas o deben tener algún tipo de relación. Si los tres fenómenos mencionados son transformaciones de relevancia en el funcionamiento de la economía mundial en la actualidad, entonces no pueden ser independientes. Mucho trabajo empírico y teórico se ha llevado a cabo para analizar estas relaciones y, como suele suceder, los resultados y sus implicaciones políticas y sociales son heterogéneas por no decir contradictorias. Sin embargo, algunas relaciones parecen ir asentándose en el conocimiento de la profesión. Por ejemplo, comienza a ser relativamente claro que la globalización financiera está asociada a un aumento de la desigualdad en el interior de

los países, especialmente aquella desigualdad que involucra al acaparamiento de muy pocos de una proporción cada vez mayor del ingreso. Por otro lado, la participación en el comercio mundial tiende a disminuir la desigualdad, especialmente la observada entre países y, no tanto, dentro de cada país.

Otros estudios han tendido a analizar directamente el efecto de la participación en las cadenas globales de valor para los países, especialmente en las economías en desarrollo. Este grupo de trabajos tiende a ser resaltar el efecto positivo de esta participación (algunos autores señalan que es el efecto más positivo en el bienestar de los países en desarrollo) pero marca que dicho resultado es relevante para los países de un nivel de desarrollo intermedio que poseen una cierta acumulación de capital y mano de obra con alto o medio nivel de calificación. Así, los países de menor desarrollo relativo no se aprovechan de las oportunidades que las CGV ofrecen. De hecho, esta nueva globalización ha observado cómo el comercio entre los países desarrollados y los países de menor desarrollo no ha aumentado vis a vis el comercio mundial debido a, obviamente, la no participación de los últimos en el factor clave de impulso de comercio mundial: las CGV. La conexión CGV y desigualdad es, desde mi punto de vista, más interesante que la relacionada con los mercados financieros pues afecta de forma más extensa a países y trabajadores.

Pero ¿qué sucede en el interior de los países de nivel de desarrollo medio que logran unirse a la economía de producción en red? Al respecto es interesante un reciente trabajo de Eric Maskin y Michael Kremer. Ellos teorizan que la “nueva globalización” crea un mercado de trabajo verdaderamente global en el que los trabajadores de alta calificación de los países de desarrollo medio logran “unirse” a los trabajadores de los países desarrollados que participan en las cadenas de valor. Sin embargo, los trabajadores menos cualificados no lo hacen quedando, señalan los autores, “aislados” y sin lograr una mejora significativa de sus ingresos (pensemos que en una globalización donde preponderara el comercio, y no tanto la internacionalización de la producción, un país de menor desarrollo tendería a especializarse en la producción de bienes en los que tuviera ventaja comparativa, esto es, bienes con elevada intensidad de trabajo no cualificado. En este escenario, aumentaría la demanda de este tipo de trabajo en detrimento de los trabajadores más cualificados, incrementándose la remuneración del segmento de trabajo menos cualificado lo que llevaría, en último término, no solo a una mayor eficiencia global si no, también, a un sendero de mayor igualdad de ingreso dentro del país).

Por supuesto, hemos olvidado un tema central en todo lo relacionado con la globalización y la desigualdad que es, evidentemente, el cambio tecnológico y la innovación: las grandes fuerzas motoras de la historia del sistema capitalista. Aunque reconocemos que es central digamos solamente que el argumento de la heterogeneidad de la calificación de la mano de obra, como sucedía en las ideas de Maskin y Kremer, es la clave para comprender la influencia del cambio tecnológico en la desigualdad. Dicha influencia, en todo caso, es claramente negativa (algunos estudios señalan que, en realidad, más allá de la globalización como fenómeno es el cambio tecnológico la verdadera fuerza impulsora de la desigualdad).

Después de la crisis financiera global los datos de comercio, de inversión extranjera directa y, en consecuencia, de las cadenas de valor han mostrado una recuperación que no llega a la expansión previa a la misma. Igual sucede con los flujos netos de capital financiero. Algunos podrían proclamar que la globalización ha llegado a un techo, al menos a corto plazo, pues las tendencias en estas variables no parecen pronosticar una recuperación de los ritmos previos a la crisis de 2008-2009. Diversos son los motivos detrás de este estancamiento, no siendo menores las razones del retorno a una política de incremento de las barreras comerciales y de una mayor supervisión, y control, de los

flujos de inversión que no solo los Estados Unidos están poniendo sobre el tapete internacional si no también China y Europa (esta última región en relación solamente, de momento, a los flujos de inversión). Adicionalmente, los flujos de inversión directa asociados a la evasión fiscal de beneficios, cuantificados en cerca de un tercio sobre el total de inversión extranjera directa por la Conferencia de Naciones Unidas para el Comercio y de Desarrollo (UNCTAD), no parece que puedan volver a esos niveles, también influidos por algunas políticas de “repatriación blanda”, como es el caso de los Estados Unidos. Estas políticas, en resumen, están llevando a una clara disrupción en el devenir de la creación de las cadenas globales de valor, lo que ayuda a explicar su relativo estancamiento post crisis. El actual escalamiento de la guerra comercial entre Estados Unidos y China, obviamente, está aumentando las tendencias disruptoras en el dimensionamiento global de las CGV.

Si revisamos, a esta altura, esta nota podríamos llegar a pensar que, en la medida que los “nuevos” fenómenos que hemos mencionado tienden a frenar su acelerado ritmo de crecimiento, los factores de la globalización que empujan la desigualdad se estancan y, quizá, el aumento de la desigualdad también. El informe sobre la desigualdad global de 2018 apunta en esa dirección. Y se pregunta en el informe, ¿se estanca en una frontera de alta desigualdad? Sin embargo, sus proyecciones sobre desigualdad sugieren, de no observarse cambios de política relevantes, un aumento de la desigualdad global hasta el año 2050.

Para terminar esta reflexión, recordemos que niveles altos y/o crecientes de desigualdad afectan, o pueden afectar, a la calidad de las democracias e incluso al alejamiento de las mismas hacia plutocracias donde gran parte de la población deja de estar representada. Al mismo tiempo, la democracia, como modelo político, ha sido un factor relevante en la mejora del bienestar y de los ingresos de la población, según nos muestran Daron Acemoglu y otros autores en recientes trabajos. Por supuesto, el papel del Estado y las políticas públicas son factores centrales que nos ayudan a completar esta nota sobre globalización y desigualdad, que ha derivado hasta incluir unas líneas sobre calidad democrática y desarrollo. Así, ¿nos encontramos en el sendero, o al menos la oportunidad, de recuperar el control sobre el desbocado crecimiento de la desigualdad que hemos vivido en la economía mundial desde, al menos, los años noventa? Serán estos aspectos temas de otras cartas y más profundas reflexiones.